

CAPÍTULO VII.

Esplicacion de las causas que produjeron los trastornos de Roma.

Fácil os será descubrir todas las causas si despues de haber comprendido bien el carácter de los romanos y la constitucion de su república, tenéis cuidado de observar un cierto número de acontecimientos principales, que, aunque acaecidos en tiempos bien distantes entre sí, tienen sin embargo una íntima relacion. Os los presentaré reunidos para que podáis juzgar de ellos con mas facilidad.

Rómulo, educado en la guerra, y reputado por hijo de Marte, edificó á Roma, á la que pobló de gente advenediza, pastores, esclavos, ladrones, que se presentaron allí en busca de un asilo que les asegurara la libertad é impunidad, asilo que estaba abierto á todos los aventureros, bien que entre ellos se presentasen algunos mas calificados y honrados.

Alimentó en este pueblo feroz el espíritu de la rapiña, y adquirieron hasta por este medio las mugeres con quienes se casaron.

Poco á poco fue estableciendo el orden, y fue reprimiendo las malas inclinaciones con leyes santas y saludables. Comenzó por la religion, que miró como la fundamental de los estados. La hizo tan grave, sería y respetable, y modesta

como las tinieblas de la idolatría podian permitirle establecerla. Fueron desde el instante prohibidas las religiones estrangeras y los sacrificios que no se hallaban establecidos y consentidos por las costumbres romanás. Con el transcurso del tiempo relajóse la observancia de esta ley; pero la intencion de Rómulo fue que se conservase escrupulosamente, y á pesar de la relajacion siempre se conservó alguna cosa.

Escogió entre todo el pueblo lo mejor para formar el consejo público, que le dió el nombre de senado. Le compuso de doscientos ó trescientos senadores, cuyo número se aumentó despues, y del que tuvieron origen las familias nobles, llamadas despues patricias. A las otras se las dió la denominacion de plebeyas, entendiéndose ó comprendiéndose bajo esta clase ú orden el resto del pueblo, ó el pueblo comun.

Al senado le tocaba preparar y proponer todos los negocios: y algunos los arreglaba soberanamente con el rey; pero los mas generales eran presentados al pueblo, que era al que le tocaba decidirlos.

Rómulo, en una asamblea en que sobrevino de repente una gran borrasca, fue hecho pedazos por los senadores, porque le encontraban demasiado imperioso; y desde este lance principió á aparecer en aquel orden el espíritu de independencia.

Para aplacar al pueblo, que era amante de

su príncipe, y dar una gran idea del fundador de la ciudad, publicaron los senadores que los dioses le habian arrebatado al cielo, y mandaron que se le erigiesen altares.

Numa Pompilio, segundo rey de Roma, en una larga y profunda paz, acabó de formar las costumbres, y de arreglar la religion sobre los mismos fundamentos que Rómulo la habia establecido.

Tulio Hostilio estableció la disciplina militar por medio de severos reglamentos, y los grados militares; y su sucesor, Anco Marcio, para hacer la milicia santa y religiosa la añadió ciertas ceremonias sagradas.

Tarquino el antiguo, que sucedió á Anco Marcio, para formarse partido, aumentó el número de senadores hasta el de trescientos, cuyo número permaneció inalterable durante muchos siglos, y fue tambien quien comenzó las grandes obras en beneficio de la comodidad pública.

Servio Tulio proyectó el establecimiento de una república bajo el gobierno de dos magistrados anuales elegidos por el pueblo.

En ódio á Tarquino, el Soberbio, fue abolido el trono con execraciones horribles contra los que emprendiesen restablecerle; y Bruto hizo jurar al pueblo que conservaria eternamente su libertad.

Para el establecimiento de la república tuvieronse presentes y se siguieron las memorias

de Servio Tulio. Los cónsules, elegidos por el pueblo entre las familias de los patricios, eran iguales á los reyes, con la diferencia de que eran dos, que debian tener entre sí un turno arreglado para ejercer el mando, y que habian de reemplazarse todos los años.

Colatino, nombrado cónsul con Bruto, por haber sido con él el autor de la libertad, y no obstante ser marido de Lucrecia, cuya muerte habia dado lugar á la mudanza, é interesado mas que todos los demas en la venganza del ultraje que élla habia recibido, hízose sospechoso porque era de la familia real, y fue expulsado.

Valerio, á quien se puso en su lugar, de regreso de una expedicion en la que habia librado á su patria de los veyenses y de los etrurios, se hizo sospechoso al pueblo de que propendia á la tiranía, á causa de que habia mandado edificar una casa sobre una eminencia. No solo mandó que se cesase en la edificacion, sino que haciéndose enteramente popular, aunque de familia patricia, estableció la ley por la cual se permitia apelar al pueblo, atribuyéndole en ciertos casos el juicio en última apelacion.

Por esta nueva ley el poder consular fue debilitado en su origen, y el pueblo estendió sus derechos.

Con motivo de las violencias que á causa de las deudas se ejecutaban por los ricos contra

los pobres, se sublevó el pueblo contra el poder de los cónsules y del senado, é hizo aquella famosa retirada al monte Aventino.

No se hablaba mas que de libertad en estas asambleas; y el pueblo romano no se creyó libre mientras no tuviese vias legales para resistir al senado. Viéronse obligados á concederle magistrados particulares, llamados tribunos del pueblo, con la facultad de reunirle y darle auxilio contra la autoridad de los cónsules, ya fuese por medio de la oposicion ó por la apelacion al pueblo.

Estos magistrados, para dar crédito á su autoridad, alimentaban la division entre los dos órdenes, adulando continuamente al pueblo, proponiéndole que las tierras de los países vendidos, ó el precio procedente de su venta, fuese distribuido entre los ciudadanos.

El senado se oponia constantemente á estas leyes ruinosas, y queria que el precio de las tierras fuese adjudicado al tesoro público.

El pueblo se dejaba llevar por estos magistrados sediciosos, pero conservando sin embargo la bastante equidad para admirar la virtud de los grandes hombres que le hacian resistencia.

Contra estas disensiones domésticas el senado no encontró mejor remedio que suscitar continuamente guerras estrangeras; por este medio impedia que las divisiones llegasen hasta el estremo, y reunia los órdenes del Estado para la

defensa de la patria; pero, no obstante de triunfar en las guerras y de aumentarse las conquistas, renacian los celos tan luego como aquellas se acababan.

Fatigados los dos partidos con tantas divisiones que amenazaban la ruina del Estado, transigieron, conviniendo en estatuir leyes que asegurasen el reposo de los unos y de los otros, estableciendo la igualdad que debia existir en una ciudad libre.

Entonces cada uno de los dos órdenes pretendió que era á él á quien correspondia formar estas leyes. Creciendo la enemistad con estas pretensiones, se resolvió de comun acuerdo enviar una embajada á Grecia para que examinase alli las instituciones de las ciudades de aquel país, y especialmente las leyes de Solon, que eran las mas populares. Publicáronse las leyes de las Doce tablas; pero los decenviros que las redactaron, fueron destituidos por abusar del poder.

Mientras que todo se hallaba ya tranquilo, y leyes tan equitativas parecia que habian asegurado para siempre la tranquilidad pública, renacen con mas ardor las disensiones por las nuevas pretensiones del pueblo, que aspiraba á los honores y al consulado, reservado hasta entonces al primer orden.

Fue propuesta la ley para admitirles; pero antes de consentir los padres en que se abatiese

la dignidad consular, accedieron á la creacion de tres nuevos magistrados que tuviesen la autoridad de los cónsules, bajo la denominacion de tribunos militares, admitiendo al pueblo á este honor.

Contento el pueblo con haber adquirido este derecho, usó moderadamente de su victoria, y continuó por algun tiempo dando el mando solo á los patricios.

Despues de largas disputas, renovóse la pretension al cónsulado, y poco á poco fueron haciéndose comunes los honores entre los dos órdenes, bien que los patricios fuesen siempre mas considerados y atendidos en las elecciones.

Continuan las guerras, y los romanos acababan por someter, despues de 500 años, á los galos cisalpinos, sus principales enemigos, y á toda la Italia.

Aqui tuvieron principio las guerras púnicas; habiendo llegado las cosas á tal grado de enemistad y encono, que cada uno de los dos pueblos contendientes creyó no poder subsistir sin esterminar al otro.

Roma, próxima á sucumbir, sostúvose principalmente durante sus desgracias por la constancia y por la sabiduría del senado.

La paciencia romana acabó por triunfar: Anibal fue vencido, y Cartago subyugada por Scipion el Africano.

Vencedora Roma estiéndose prodigiosamente,

durante 200 años, por mar y por tierra, y somete todo el universo á su imperio.

Por aquellos tiempos, y desde la ruina de Cartago, los cargos públicos, cuya dignidad asi como los provechos se aumentaban con el imperio, fueron solicitados con furor. Los pretendientes ambiciosos, para conseguirlos, no hubo adulacion que no prodigarán al pueblo; y la concordia de los órdenes que se habia entretenido, distraida la atencion en las guerras púnicas, turbóse mas que nunca. Los Gracos lo pusieron todo en confusion, y sus sediciosas proposiciones fueron el principio de todas las guerras civiles.

Entonces se empezaron á llevar armas, y á obrar á fuerza abierta en las asambleas del pueblo romano, en las que antes solo se apetecia el triunfo por los medios legales y con la libertad de opiniones.

La sábia conducta del senado y las grandes guerras que sobrevinieron, moderaron las disensiones.

Mario, plebeyo, gran guerrero, con su elocuencia militar y sus sediciosas arengas, en las que no cesaba de atacar el orgullo de la nobleza, despertó los celos del pueblo, y se elevó por este medio á los primeros honores.

Sila, patricio, púsose á la cabeza del partido contrario, viniendo á ser el rival de Mario.

Entonces las intrigas y la corrupcion eran

las que todo lo podian en Roma: el amor á la patria y el respeto á las leyes habíanse estinguído enteramente.

Para colmo de desgracias, las guerras de Asia hacen amar el lujo á los romanos, y aumentan su avaricia.

Por aquel mismo tiempo los generales empezaron á ganarse á sus soldados, quienes no miraban en ellos hasta entonces mas que el carácter de la autoridad pública.

Sila, en la guerra contra Mitrídates, para ganarse la voluntad de sus soldados, dejábales que se enriqueciesen.

Mario por su parte proponia á sus partidarios distribuciones de tierras y dinero.

Por este medio, señores de sus tropas, el uno bajo el pretexto de sostener al senado, y el otro tomando la defensa de los derechos del pueblo, hicieron una guerra atroz hasta dentro del recinto de la ciudad.

El partido de Mario y el del pueblo fue destruido, y Sila hízose soberano bajo el nombre de dictador.

Hizo éste matanzas horrorosas, y trató duramente al pueblo de hecho y de palabra hasta en las asambleas legítimas.

Mas poderoso y mejor establecido que nunca, abdicó la dictadura, y se redujo á la vida privada, pero despues de haber hecho ver que el pueblo romano podia sufrir un soberano.

Pompeyo, á quien Sila habia educado, sucedió á una gran parte de su poder. Tan pronto lisonjeaba al pueblo como al senado para establecerse: pero su inclinacion y su interés le decidieron al fin por adherirse al último partido.

Vencedor de los piratas, de las Españas, y de todo el Oriente, hácese omnipotente en la república, y principalmente en el senado.

César, que quiso hacerse al menos su igual, vuélvese del lado del pueblo, é imitando en su consulado á los tribunos mas sediciosos, propone, con el repartimiento de las tierras, las leyes mas populares que pudo inventar.

La conquista de las Gálias lleva al mas alto punto la gloria y el poder de César.

Pompeyo y él se unen por interés, y despues se separan por celos. Enciéndese la guerra civil. Creyendo Pompeyo que su nombre solo bastaria para sostenerlo todo, se descuidó. César, activo y previsor, consiguió la victoria, é hízose dueño de Roma.

Hizo diversas tentativas para ver si los romanos podrian acostumbrarse al nombre de rey: solo le sirvieron para hacerle odioso. Para aumentar el rencor público, decretale el senado honores hasta entonces inauditos en Roma: de manera que fue asesinado en pleno senado como un tirano.

Antonio, criatura suya, que se hallaba de cónsul al tiempo de su muerte, conmueve al

pueblo contra los que le habian asesinado, y aprovéchase del desórden y de la confusion para usurpar la autoridad soberana. Lépidó, que tenía tambien un gran mando bajo las órdenes de César, procuró conservarlas. En fin, el jóven César, á la edad de 19 años, emprende vengar la muerte de su padre, y busca la ocasion de sucederle en su poder.

Súpose servir, para sus intereses, de los enemigos de su casa y aun de sus concurrentes.

Las tropas de su padre se decidieron por él, movidas por el nombre y la memoria de César, y reconocidas á las prodigiosas liberalidades que usó con ellas.

Pierde su influencia el senado; nada puede ya: todo se hace por la fuerza y por los soldados, los que se entregan á quien mas les da.

En aquella funesta coyuntura el triunvirato acaba con todo lo que en Roma habia de mas valiente y de mas contrario á la tiranía. César y Antonio derrotaron á Bruto y á Casio: la libertad espiró con ellos. Los vencedores, despues de haberse deshecho del débil Lépidó, hicieron entre sí sus acomodamientos y particiones, en las que César, como mas hábil, encontrando siempre el medio de tomarse la mejor parte, se ganó á Roma, y tomó la superioridad. En vano emprendió Antonio recobrar lo perdido; la batalla de Accium sometió todo el imperio al poder de César Augusto.

Roma, fatigada y aniquilada por tantas guerras civiles, por tener reposo, renuncia á su libertad.

La casa de los Césares, bajo el nombre de emperadores, se apropia el mando de los ejércitos y ejerce un poder absoluto.

Roma, bajo los Césares, mas cuidadosa de conservarse que de estenderse, no hace ya casi mas conquistas que para alejar á los bárbaros que intentaban invadir el imperio.

A la muerte de Calígula, el senado, á punto de restablecer la libertad y el gobierno consular, tuvo que ceder; porque los militares se opusieron queriendo un gefe perpétuo, y que su gefe fuese el soberano.

En las revueltas causadas por las violencias de Neron, cada ejército elige un emperador; y llegan entonces á conocer los militares que son dueños de disponer del imperio.

Llegaron hasta el punto de vender la dignidad imperial en pública almoneda, y se acostumbraron á sacudir el yugo. La disciplina se pierde: en vano los buenos príncipes se obstinan en conservarla; su celo para mantener el antiguo orden de la milicia romana sirvióles solo para esponerse al furor de la soldadesca.

En todas las elecciones de emperador, queriendo cada ejército nombrar el suyo, sobrevienen guerras civiles y matanzas sin fin. De esta manera fuese enervando el imperio por la rela-